

Barbara Katz Rothman

Los movimientos de la alimentación y del parto naturales

Esta es la historia de dos movimientos sociales²⁷.

Hay gente que se dedica a mejorar cómo comemos, mientras que otros se preocupan por cómo damos a luz. Ambos movimientos transcurren, en un viaje de ida y vuelta, entre la intimidad de lo personal—la cocina y el dormitorio, la boca y el útero—y los sistemas de mayor alcance en los que dicha intimidad habita, a saber, los agronegocios y la industria biomédica. El objetivo de las personas que participan en estos movimientos sociales es producir cambios mediante la educación del individuo, pero a la vez, en un sentido amplio, están haciendo mucho más que eso. Su tarea incide sobre los sistemas sociales y va de la mano de los procesos de regulación y de control de los monopolios médicos y agrícolas. Es decir, su tarea, en el fondo, consiste en buscar maneras de cambiar el modo en que la economía determina las “opciones” vitales de los individuos.

Para ambos movimientos, se podría decir que es el mejor y el peor de los tiempos. Es la era de la sabiduría y de la necesidad, de las chips de kale orgánicas y de McDonald's, es la época de la creencia y la incredulidad, es el momento del parto en el agua y de la cesárea electiva, es la época de la luz y de la oscuridad, del ascenso al estrellato de la figura del *master chef* y del omnipresente maíz procesado, es la primavera de la esperanza y el invierno de la desazón.

Siento envidia. Mi movimiento, en el que he trabajado durante casi cuarenta años, es el del parto. El movimiento de la alimentación, en medio de tanta desesperación, incredulidad y necesidad generalizadas, está disfrutando de un éxito indiscutible, mientras que el mío, por desgracia, no tanto. Desde mi perspectiva, el movimiento de la alimentación avanza a pasos de gigante en una docena frentes a la vez: todo el mundo reconoce la necesidad y los beneficios de una dieta más natural, orgánica y sabrosa. Camiones repletos de alimentos llevan fruta y verdura fresca a los barrios más pobres. Aparatos de cocina de gama alta se han convertido en elementos preciados incluso para aquellos que abusan en su día a día del microondas. *Food trucks* con platos exóticos surcan las ciudades. Cualquiera que lea la prensa sabe que el menú escolar tiene margen de mejora. Gente con el mínimo interés o conocimientos culinarios siguen con interés los programas televisivos de cocina. Julia Child es una suerte de heroína nacional (¡interpretada por Meryl Streep! ¿Se puede tener más éxito?).

¿Y qué sucede con mi movimiento, el movimiento del parto? Bueno, quizás la gente sabe que existe. Han escuchado hablar de los “partos en casa”, lo que supone un cierto progreso respecto a los últimos cuarenta años. Les cuesta pronunciar la palabra matronería (*midwifery*), pero han oído hablar de las matronas. Tenemos una película que quizás alguien conoce: *The Business of Being Born* [El negocio del parto]. Gracias, Ricki Lake, te estoy eternamente agradecida, por supuesto, pero prefería tener a Meryl Streep en el papel de Ina May Gaskin (ah, perdón, seguramente su nombre no te suena; es la Julia Child de las matronas, autora del libro *Spiritual Midwifery*).

He estado involucrada en el movimiento del parto desde 1973, empezando con mi primer embarazo, cuando decidí que quería tenerlo en casa. En ese momento el parto en casa era algo bastante desconocido en mi entorno. La gente normal iba al médico, que mandaba a las embarazadas al hospital cuando se ponían de parto y las devolvía a casa con el bebé unos días más tarde. Al contemplar otras opciones y buscar mis propios proveedores, me alineé claramente con los rebeldes (*outsiders*). La rebeldía y la disensión son lo que constituye un movimiento social.

Para intentar dilucidar mi relación con ambos movimientos, adopto una perspectiva sociológica y empiezo a pensar sobre la naturaleza de los movimientos sociales. Los movimientos,

²⁷ Capítulo 1 “A Tale of Two Social Movements”, *A Bun in the Oven. How the Food and Birth Movements Resist Industrialization*. New York y London: NYU Press 2016, abreviado por Daniela Danna. Traducción de David Fontanals.

dice la gente, provocan olas, lo que me parece una manera interesante de pensarlos. Los movimientos sociales hacen tambalear los fundamentos de la sociedad, son desafíos colectivos a las formas del poder hegemónico y el statu quo.

No se trata solo de una cuestión de tener acceso. Incluso para aquellos que pueden ir al supermercado y satisfacer sus necesidades nutritivas, o que pueden acceder a servicios médicos y un cuidado obstétrico básico, la tasa de mortalidad infantil todavía refleja ciertas brechas raciales y sociales. Para esta gente, y también para aquellos con más recursos, la comida y el parto son una cuestión de vida o muerte. Dichas relaciones se vuelven más difíciles de estudiar a medida que subimos peldaños en la escalera racial y socioeconómica. La epidemia de obesidad, la diabetes tipo 2, la alta presión sanguínea en niños, así como en mujeres embarazadas, junto con la epidemia de cesáreas, todo ello son cuestiones de seguridad, salud, vida y muerte.

Estas cosas me importan y constituyen a su vez el objeto de mi investigación. También me gustaría ir más allá y observar los aspectos del nacimiento y la muerte que nos remiten a una concepción de la vida que no se mide en años, sino desde la alegría y la tristeza, desde la vitalidad. ¿Deberíamos trivializar el placer y la alegría que experimentamos con la comida y el parto? Ni mucho menos. Habladle a la gente sobre cenas o partos, y escuchareis relatos sobre humanidad, conexión, vida social, la experiencia del cuerpo; en definitiva, historias sobre la esencia de la vida.

La tentación de reírse de estos movimientos es *tan* grande, es *tan* fácil verlos simplemente como “problemas del primer mundo,” preocupaciones de mujeres blancas de clase media. [...] El término “activistas” quizás sería el más adecuado para referirnos a aquellos que participan en un movimiento social y, desde luego, en el sentido estricto de la palabra, existen activistas tanto de la alimentación como del parto. En el mundo del parto, ha habido parejas que se han esposado el uno al otro antes de ir al hospital para que el marido no se quedara fuera de la sala de parto. Hay jardineros de guerrilla que incumplen la ley y entran ilegalmente en solares urbanos para plantar verduras. Hay personas que trabajan incansablemente en la legislación sobre la alimentación y el parto. Y después estamos el resto, cuyo activismo se cifra sobre todo en ámbitos como el consumo, la creación de redes y la difusión, que pensamos muy bien cómo alimentamos a nuestras amistades y familiares, cómo damos a luz, y que llevamos a cabo tareas de concienciación en relación con estos temas. Es una cuestión que se refleja mejor en lo que conocemos como “estilo de vida”. Mucha gente que no se piensa a sí misma en términos políticos se ve atraída hacia los valores y el arte de la alimentación y el parto. Queremos mejorarlos para nuestro propio beneficio y el de todos.

No se trata simplemente de chips de kale orgánicas y de partos en agua acompañados con mantras de yoga. Cuando me sorprendo a mí misma hablando o escribiendo con pasión sobre el parto, siempre hay alguien alrededor que lo tilda con menosprecio de un “problema de chicas blancas,” preocupaciones del primer mundo que no tienen lugar en la vida de la gente pobre, de la gente de color. Lo mismo sucede en el mundo de la alimentación: empieza a hablar de forma crítica sobre la agricultura y la producción industrial, y siempre habrá alguien que te recordará que el verdadero problema es la inseguridad alimenticia, esto es, intentar conseguir suficiente comida para sobrevivir. Sin embargo, hay riesgos y amenazas para nuestra salud y nuestras vidas que derivan del modo en que nosotros, en América, gestionamos la alimentación y el parto, y como siempre sucede con los riesgos, la gente más vulnerable es la que ya se encuentra “en riesgo”.

El parto industrializado ha causado un enorme daño a las mujeres pobres, y especialmente a las de color: solo hay que fijarse en las estadísticas de mortalidad infantil y maternal que afectan a la población afroamericana en los Estados Unidos en comparación con el resto del mundo. Y en el seno de los Estados Unidos, el trabajo de las matronas en comunidades “en riesgo” (léase: gente pobre, nativos americanos, afroamericanos, y algunas comunidades latinas) ha demostrado que otro tipo de aproximación puede reducir, y de hecho está reduciendo, esos índices de mortalidad. Y por supuesto esto aplica igualmente al mundo de la comida, donde los alimentos industriales tienen mayores efectos adversos en la salud de la gente pobre en general y de la afroamericana en

particular. El movimiento de alimentación, incluyendo el trabajo en el programa de vales de comida y en el menú de las escuelas públicas, puede salvar vidas. ¿Qué niños son los que presentan diabetes temprana con altos niveles de presión sanguínea en la escuela primaria? Esto, como los índices de mortalidad infantil, es reflejo de la estratificación racial y social en América. Y si hay, como argumentaré más adelante, costes sociales y emocionales por el modo en que gestionamos el parto y la alimentación en América, ¿quiénes van a ser los más perjudicados?

Dicho esto, ¿qué defienden estos movimientos? ¿A qué se oponen? ¿Por qué estoy poniendo en relación dos cuestiones aparentemente tan alejadas la una de la otra?

Os pido que tengáis un poco de paciencia conmigo mientras intento dibujar a grandes rasgos mis argumentos, que luego ganarán en definición y detalle a lo largo de este libro: el devenir del siglo veinte ha sido testigo de cómo el parto y la alimentación han sido engullidos por la ciencia y la industria. Los alimentos son producidos por los agronegocios; los bebés nacen en hospitales de atención terciaria industrializados. Nos dijeron que la producción en masa nos traería mejores resultados, una vida mejor gracias a la química. Algunas veces, ciertamente, funcionó, pero en otras ocasiones ha fallado estrepitosamente. Nociones de higiene se pervirtieron creando entornos esterilizados (mientras que los verdaderos hospitales y plantas de producción siguen siendo fuentes de infección).

La ciencia jugó a ser ciencia ficción. ¿De verdad necesitamos comida—cocinar ensucia nuestras pequeñas cocinas, es impredecible y variable—para algo? ¿O solo alimentarnos? ¿Nos podríamos alimentar como los astronautas, con pequeñas dosis de nutrientes previamente congelados y deshidratados? Decid adiós a las naranjas y los exprimidores, ¡bienvenido Tang! Del mismo modo, ¿queremos un parto caótico, doloroso, impredecible, variable? ¿O podríamos simplemente sedar a las mujeres y despertarlas solo cuando el niño esté limpio y envuelto en una toalla? ¿Programamos la cesárea y dejamos que la mujer permanezca ahí estirada como un coche en el taller mientras alguien extrae su bebé? ¿O podemos saltárnoslo todo directamente y poner por fin en marcha el útero mecánico? A su vez, si la comida y los niños son tan solo una cuestión a gestionar y producir, una necesidad a satisfacer, ¿no podemos simplemente subcontratarlo todo y dejar que los más pobres se ocupen de ello por nosotros? Como la figura del trabajador mal pagado del mundo de la restauración, o la industria de la gestación subrogada en la India.

Y a lo largo de este mismo siglo, generando olas en los márgenes sin cesar y formando de vez en cuando un movimiento social, hubo gente que dijo “no”. Gente que afirmaba que somos lo que comemos; que lo que comemos, cómo lo preparamos y lo servimos, y cómo nos reunimos para comerlo es lo que nos hace ser quienes somos. La alimentación importa. Y hubo gente que dijo que el parto importa, que se trata de un momento crucial no solo a la hora de traer un bebé al mundo, sino también en la formación de una madre y de una familia. Los de la alimentación empezaron generar olas mayores, supongo, y sus reivindicaciones empezaron a resonar con mayor amplitud (a fin de cuentas, todo el mundo come todo el rato, mientras que solo algunos de nosotros damos a luz y solamente unas pocas veces a lo largo de nuestras vidas). El movimiento de la alimentación ha tenido un gran impacto y ahora empieza a moldear nuestras vidas. En cuanto a los del parto, bueno, qué puedo decir, todavía estamos en ello.

La alimentación y el parto pertenecen a una tipología de movimiento social que busca dotar de sentido a nuestra existencia. Son la respuesta a una sociedad moribunda, un mundo que C. Wright Mills describió como la era del malestar y del desasosiego. Mills era crítico con la “sociedad de masas” y la “cultura de masas”, con el creciente proceso de proletarización del mundo a mediados del siglo veinte. Se trata de un mundo donde te puedes divertir viendo *Mad Men*, pero donde se percibe un cierto halo de decadencia en la cada vez mayor homogeneización de la cultura americana. La nueva clase media de la sociedad industrial se creó en un mundo caracterizado principalmente por el trabajo carente de sentido, y de ahí la necesidad de encontrar ese sentido fuera del mundo laboral.

La alimentación y el parto, antaño profundamente ligados al mundo productivo de las mujeres, se convirtieron en última instancia en actos de consumo, reduciéndolo todo a la compra inteligente, cuidadosamente planeada, y a las buenas decisiones.

Aunque las decisiones sobre el parto y la cena parezcan tan idiosincráticas, tan personales, se encuentran enmarcadas dentro de una gran maquinaria y de un sistema industrializado, medicalizado y capitalista.

Un hombre va al supermercado y coge un tarro de compota de manzana. Hay una receta de pudín de arroz de su bisabuela que emplea compota de manzana como cobertura. Este hombre no tiene en mente la historia del cultivo de manzanas en América, el proceso de reducción de los tipos de manzanas que se cultivan, las máquinas que se crearon para pelar y deshuesar las manzanas, la historia del azúcar y, en su defecto, la del comercio de esclavos, la procedencia de la canela, el modo en que la compota de manzana se volvió lo suficientemente barata que su familia inmigrante se pudo permitir comprarla y usarla como aderezo del pudín que elaboraban con el arroz sobrante. Es una elección personal, algo especial para su familia. Una especie de tradición familiar que quiere transmitir a sus hijos, y con ello siente que es un buen padre, moderno, que cocina con sus hijos, que no se dedica simplemente a recoger comida preparada de antemano.

Una mujer embarazada está pensando en el tipo de parto que quiere, hojeando páginas web en busca de clínicas obstétricas. En una todo parece de color de rosa, como si del anuncio de un spa se tratase; otra muestra fotos de suelos de parqué pulidos junto a abundante instrumental tecnológico; en esta otra aparece una mujer leyendo la revista *Family Circle* en una sala de espera; y en esta otra se muestra a una pareja de aspecto formal que se inclina levemente para hablar con el médico sentado al otro lado del escritorio de su despacho. La mujer escoge la que es más de su estilo, la más cercana al tipo de persona que es y el tipo de familia que quiere formar. No está pensando en el desarrollo de la práctica obstétrica y cómo los médicos han expulsado a las matronas, cómo el “cuidado prenatal” se ha convertido en una técnica habitual de vigilancia y monitorización, cómo la obstetricia empezó a ver al feto como un paciente atrapado. Esta mujer no está pensando siquiera en el índice de cesáreas practicadas en cada una de esas clínicas. Es todo tan personal.

En todas estas cuestiones—parto, comida, moda, decoración de nuestras casas—nos da la sensación de que todas nuestras decisiones y elecciones son personales, producto de quiénes somos. Sin embargo, volviendo a Mills y a su presentación de la relación entre historia y biografía, o en palabras de las pensadoras feministas de la segunda ola, lo personal es político; estas elecciones personales se llevan a cabo en contextos sociales. Piensa con detenimiento sobre el parto o la cena y acabarás por entender que lo personal existe en lo político; que la biografía ocurre en la historia; que eres, por mucho que te sientas único, parte de una gran maquinaria. Algunas de nosotras queremos estar detrás de esas olas; no simplemente tener un parto bonito o preparar una cena agradable, sino incidir en el modo en que tanto los partos como las cenas se conciben. Estamos detrás de las olas contra el sistema.

Este libro empezó a concebirse cuando di mis primeros pasos en el campo de los estudios de la alimentación y vislumbré paralelismos por doquier con el mundo del parto. Encontré en un periódico dominical un artículo sobre cazar tu propia comida, sugiriendo que la caza es el último resquicio de autenticidad en América; un artículo sobre el parto inducido que mostraba a una mujer estirada boca arriba a quien se le entregaba su bebé; y un artículo sobre Dream Dinners y otras empresas similares donde la gente va y cocina, a partir de ingredientes ya preparados, cenas para llevar a casa y congelar. Subyaciendo los tres artículos me pareció detectar una preocupación recurrente sobre el lugar de las personas como seres corpóreos en la sociedad contemporánea. En el mundo de la alimentación y el parto, cuestiones sobre lo natural, lo auténtico y la importancia de tener una experiencia personal y llena de sentido se contraponen a los debates sobre lo sensato, lo adecuado y lo seguro.

Desde hace ya cuarenta años, he estado estudiando el parto en América, especialmente el movimiento del parto en casa, a las matronas que luchan por ofrecer servicios de parto en casa, a las mujeres que quieren tener este tipo de partos. Y ahora que he empezado a poner el foco de mi investigación en el mundo de los estudios de la alimentación, creo de verdad que la búsqueda de sentido y de autenticidad en nuestras cocinas forma parte del mismo tejido que el movimiento del parto en casa, que ambos son una expresión del desosiego hacia la sociedad del consumo. En el seno de la familia, en la esfera de lo personal, en los límites de nuestros hogares, intentamos evitar ser engullidos por el consumismo, nos resistimos a marcarlo todo con un código de barras. Hay una cierta tristeza en ello, un profundo desencanto con el mercado como modo de vida, y un anhelo de algo mejor, más profundo, que intentamos expresar en lugares tan aparentemente dispares como la cocina y la sala de parto.

En el movimiento de la matronería y el parto en casa, la lucha consiste en aferrarse al significado y al lugar del parto en el contexto de la familia, en lugar de en la institución médica, en sacar el parto de la gran institución impersonal del hospital y traerlo a casa (Rothman 1982 y 1989; Simonds *et al.* 2007). El parto se encuentra en el extremo más dramático de la cuestión, la cena en el más mundano, pero creo discernir en ambos la expresión de las mismas preocupaciones. Como respuesta al hecho de vernos sometidos por instituciones, industrias y medios de comunicación de gran alcance, intentamos encontrar un pequeño espacio que sea verdaderamente nuestro, donde podamos ser nosotros mismos. Es la búsqueda de la autenticidad, de una vida trascendente.

Laura Shapiro, en su historia contemporánea de la cocina, afirma que, una vez nos encontramos ante tantas alternativas, cenar fuera, traer comida preparada a casa, “dejó de estar claro si hacer la cena era un honor, una obligación o incluso una necesidad. Y si habíamos perdido el hecho de hacer la cena, ¿qué nos quedaba?” (Shapiro 2004, 214). He escuchado a matronas decir prácticamente lo mismo sobre el parto. Si puedes dar a luz con una epidural, sin sentir nada, o programar tu cesárea como si fuera una liposucción, entonces, ¿qué significa tener un bebé? ¿Y qué decir de un mundo que nos ofrece embarazos subcontratados a vientres de alquiler en la India, o del proverbial pavor y de la siempre polémica idea de bebés que nacen de una máquina? ¿Quiénes somos, nos preguntan, si ya no hacemos nada nosotros mismos ni por nosotros mismos?

Mientras que es posible que cada uno de nosotros se vea o no en estas circunstancias (dar a luz o estar con alguien mientras da luz unas cuantas veces en nuestras vidas; podemos cocinar o simplemente pedir a domicilio constantemente), algunas personas hacen de ello, de estos movimientos, un elemento central en sus vidas. Para los chefs, artesanos de la comida, cocinar es un modo de vida, lo que hacen todo el rato. Del mismo modo, las matronas convierten el parto en un elemento central de sus vidas, el parto es lo suyo, lo que hacen todo el rato, a las 4 de la madrugada y el fin de semana, en sus vacaciones y, en definitiva, todo el año. Las matronas son las artesanas del parto, y por ello empiezo esta exploración de los dos movimientos en el siguiente capítulo explicando quiénes son las matronas, y qué no son.

Muchos americanos no saben nada sobre las matronas, pero creemos que lo sabemos todo sobre nuestra casa. La “casa” nos parece un hecho inmutable en nuestras vidas y, sin embargo, el espacio doméstico también tiene una historia y una política que debemos analizar si vamos a hablar de cocinar y parir en casa. El capítulo tres está dedicado específicamente a la casa, lo que significa para los americanos de hoy en día, y de donde provienen esas ideas y creencias. No son solo el parto y la cocina lo que queremos traer de vuelta al hogar; la casa es el pilar de la familia. Algunos de estos mismos valores que encontré en la matronería también aparecen en el cuidado del enfermo terminal, y en este sentido los americanos se han mostrado “en teoría” más receptivos, en comparación con el parto, a reabrir las puertas del hogar a la muerte. Pensar lo que significa la “casa” para personas que se están muriendo o sus cuidadores nos permitirá apreciar de un modo más claro el significado de la “casa” en el movimiento del parto. El lugar del artesano, la atención

individualizada que la gente desea, se verán con mayor claridad cuando consigamos sacar de la ecuación el riesgo de morir: en el centro de cuidados paliativos, la muerte es un hecho, no un riesgo.

Con todo, hay una cuestión incluso más fundamental que el significado de la casa, del hogar: ¿quiénes somos, en realidad, nosotros? El “nosotros” que estoy usando ahora es el más amplio posible (no nosotros, los americanos, sino nosotros como seres humanos). Somos mamíferos y, como tal, concebimos a los bebés en el cuerpo de las hembras de nuestra especie, dejamos que maduren hasta cierto punto, y los expulsamos al exterior cuando aún son bastante dependientes. Y como todos los mamíferos, comemos. Nos llevamos cosas a la boca, masticamos y digerimos, usamos lo que necesitamos y eliminamos el resto. A veces las personas nos regocijamos en nuestra parte animal, y a veces nos esforzamos mucho e invertimos grandes dosis de energía en distanciarnos de nuestra fisicalidad corpórea. El capítulo 4 explora los modos en que usamos ideas sobre lo que significa ser un hombre o una mujer, sobre “cultura” y sobre “ciencia” y “gusto”, para distinguirnos de otros mamíferos y a veces incluso de otros humanos.

Habiendo establecido este contexto, los capítulos del 5 al 8 exploran la historia de estos dos movimientos. No soy muy optimista, ni a nivel personal ni en cuanto a mi formación sociológica. Suelo centrarme más en todo lo malo y preocupante. Dicho esto, los movimientos sociales son lugares para la esperanza. La gente se reúne para hacer del mundo un lugar mejor, y en este sentido me consuela ver cómo le ha ido a la gente que trabaja en la alimentación y el parto. No se trata de un éxito apabullante, pero hay razones para la esperanza. Los movimientos sociales responden a las cuestiones de su tiempo, y por ello analizo las realidades del parto y la comida, así como los movimientos sociales que las envuelven, en su diálogo con la edad de la ciencia, de la cultura del consumo y de la contracultura.

Por último, en los capítulos 9 y 10, me pregunto ¿dónde nos encontramos ahora? ¿Cuáles son las cuestiones que permean los movimientos del parto y la alimentación en esta era postindustrial y a su vez muy industrializada? Y para terminar me pregunto qué podemos hacer para que el movimiento del parto consiga lo que la gente del movimiento de la alimentación parece haber logrado.

Bibliografía

- Hogan, Margaret *et al.* 2010. “Maternal Mortality for 181 Countries, 1980–2008: A Systemic Analysis of Progress towards Millennium Development Goal Five”. *Lancet* 375, n. 9726: 1609–23.
- Mills, C. Wright. 1959. *The Sociological Imagination*. New York: Oxford University Press.
- Rothman, Barbara Katz. 1982. *In Labor: Women and Power in the Birthplace*. New York: Norton.
- Rothman, Barbara Katz. 1989. *Recreating Motherhood: Ideology and Technology in a Patriarchal Society*. New York: Norton. 2nd edition, updated and revised, New Brunswick: Rutgers University Press, 2000.
- Schrank, Jeffrey. 1977. *Snap, Crackle and Popular Taste: The Illusion of Free Choice in America*. New York: Dell.
- Shapiro, Laura. 2004. *Something from the Oven: Reinventing Dinner in 1950s America*. New York: Viking.
- Simonds, Wendy, Barbara Katz Rothman, e Bari Meltzer Norman. 2007. *Laboring On: Birth in Transition in the United States*. New York: Routledge.
- United Nations Department of Economic and Social Affairs, Population Division, Population Estimates and Projection Section. 2012. *Infant Mortality Rates*. World Population Prospects: 2012 Revision.